

«Historias veniales de amor»

Lorenzo López Sancho

Trabajamos. Estoy sentado frente al presidente de un organismo profesional. Su mesa entre ambos. Telefonea en este instante. Concierta puntos de actuación inmediata, conviene una reunión de trabajo. Cerca de allí -nada nos es realmente lejano en Madrid-, bajo un cartón una enorme mancha de sangre. En algún sitio, tampoco lejano, unos asesinos que se ocultan. Los teléfonos del honrado trabajo suenan. La actividad no se interrumpe. Seguimos trabajando.

Nos hablaba hace un par de días Torrente Ballester a sus compañeros en un Jurado literario del «angor péctoris» que le obliga a disolver en su paladar frecuentes píldoras de cafinitrina. Siento una forma de «angor péctoris» en esta tarde que ha puesto unos claveles rojos sobre aquella mancha de sangre de la mañana. Trabajamos, pero por qué negarlo, con los hondones del pecho apretados por una invisible mano que hunde sus dedos como huésped indeseable entre el estómago y la garganta.

Me refugio en un libro. Busco ayuda en sus páginas porque se titula «Historias veniales de amor» y desde que lo hojeé al recibirlo, aguarda silencioso una lectura más detenida. Historias veniales de amor para ahuyentar este «angor péctoris» que tiene su causa en otras historias. Historias mortales de odio. He perdido las primeras notas, leves como rasguños, respunteadas en un papel cualquiera, hace ya muchas semanas, y ahora me sumerjo en la hojarasca de los caminos, muchos leoneses, bercianos, andaluces, por los que me lleva el novelista, paisano y amigo mío, Antonio Pereira. Qué menudas son las cosas que anota la memoria en esos minutos de amor que, a veces, brotan a nuestro paso para no repetirse. Qué deliciosamente indecisas esas ocasiones en las que la tentación nos tiende su mano perfumada y por timidez quizá por egoísmo, por tibieza, dejamos escapar. Y cómo nos hiere la calda, por dulce y deseada que sea, y nos deja una huella que a veces es la única que como una secreta y querida llaga justifica y embellece toda una vida. Esta es la marca que supongo conservará para siempre Desiderio, el doncel, criado de monjas después de su primer pecado carnal, quizá, que eso Pereira no lo dice, su único pecado carnal con Rosinda, una atardecida campesina después de un bautizo.



Leyendo, se me oscurece insensiblemente la ventana. Me doy cuenta de que ya atardece más tarde. Los días se han alargado. Enciendo una lámpara y vuelvo a estas historias veniales de amor, tal vez de amor venial, ya que hay amores más graves, más irremisibles. Me vienen a la memoria saboreando estas páginas, otras, tituladas «Primores de lo vulgar», en las que Ortega y Gasset analiza el estilo de Azorín. «¿Habéis analizado -sugiere- alguna vez esta emoción que llamamos ternura? ¿Es alegre, es triste la ternura?», y me contesté que la ternura es triste porque los relatos mínimos «sencillos» lindos, luminosos, lejanos» de Pereira han expulsado de mí el «angor péctoris» y me han dejado, en cambio, como eso que los jardineros llaman plantas vivaces, unas florecillas de ternura y de tristeza. El desencanto de Leonín, ese muchacho que al ver al obispo dice: «Bah, un cura» tiene toda la tristeza de los desencantos de amor. Se ha hecho noche. El odio se ha alejado.